

## **BICENTENARIO DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA ¡POR LA VIRGEN DEL PILAR, VENCER O MORIR!**

Este era el lema que campeaba sobre la puerta del Reducto del Pilar, construido en el periodo entre ambos Sitios para defender la cabeza de puente del que cruzaba el Huerva junto a la Puerta de Santa Engracia (en el tramo que hoy va subterráneo), más o menos en la actual Glorieta de Sasera, donde está el monumento y los dos cañones que recuerdan a los que lo defendieron en el invierno de 1808 a 1809 contra el ejército napoleónico, muy superior en hombres, en armas y en medios de todo tipo. Pero nuestros antepasados lo pararon y demostraron a todo el mundo que Napoleón no era invencible. El cañonazo de Agustina en el Portillo retumbó en toda Europa y sirvió de ejemplo a los países que, como Rusia, hubieron de enfrentarse al ejército francés unos años después. La gesta de Zaragoza aún es recordada después de tantos años como ejemplo de lo que pueden la decisión y el coraje de un pueblo que, como dijo el poeta "...no puede esclavo ser, pueblo que sabe morir...".

Hagamos un breve resumen de lo sucedido en aquellos casi nueve meses, desde el 24 de mayo de 1808 al 20 de febrero de 1809, en nuestra ciudad. La noticia de lo ocurrido en Madrid el 2 de mayo, de la traición de Bayona donde la Familia Real española, Carlos IV y Fernando VII, habían cedido, nada menos que la Corona de España, a Napoleón que había nombrado rey de España a su hermano José Bonaparte con el título de José I, y la inquietud reinante en varias regiones españolas ante la ocupación de las principales fortalezas por el ejército francés, que se había presentado como aliado para la guerra contra Portugal, provocan un alzamiento popular encabezado por el Tío Jorge y varios labradores del Arrabal y con el apoyo de la única guarnición que había en Zaragoza en ese momento, las dos compañías de Milicias Provinciales que mandaban los coroneles hermanos Antonio y Jerónimo de Torres.

Los sublevados deponen al Capitán General de Aragón, Jorge Juan Guillelmi que se ha negado a entregar al pueblo las armas, cañones y fusiles, que se guardaban en el Castillo de la Aljafería y nombran Capitán General de Aragón al Brigadier de la Guardia de Corps José de Palafox que ha llegado de incógnito desde Bayona (donde había ido como escolta del Rey Fernando), con la intención de levantar el reino de Aragón y mantener como rey legítimo a Fernando VII, desconociendo a José I.

Palafox acepta una responsabilidad superior a la de su empleo militar de Brigadier, en una circunstancia que le pone fuera de la Ley, pues el legítimo Capitán General ha sido depuesto y apresado por una Junta con pleno carácter revolucionario, que desoye las órdenes del Rey Carlos IV y del nombrado Lugarteniente General de España, el Mariscal francés Murat. Se pone al frente de una partida de voluntarios recién reclutados y sin instrucción militar para oponerse al mejor ejército de su tiempo, la Grande Armée de Napoleón I. ¿Por qué acepta esto? Porque considera que hay veces en que por encima de la disciplina está el honor, porque no acepta la decisión de Carlos IV y Fernando VII por entender que no ha sido libre sino forzada por la situación de prácticamente prisioneros de Napoleón en que les ha colocado su viaje a Bayona, porque se siente respaldado por el pueblo y la sociedad zaragozana que no desea verse sometida a la opresión francesa. Antes que a él había sido ofrecido el cargo al general

Cornel, al ingeniero naval José Mor de Fuentes, al conde de Sástago y todos habían renunciado alegando unas u otras razones. Palafox acepta y se la juega.

Después de intentar detener al ejército francés en Tudela, Mallén y Alagón, sufriendo sucesivas derrotas, los voluntarios de Palafox se acogen a las débiles tapias de Zaragoza y con una defensa improvisada con parapetos de tierra, maderos, sacos terreros o tablones, aspillerando las casas y tomando como “fuertes exteriores” varios conventos extramuros de la ciudad, consiguen contra todo pronóstico detener a la División de Caballería del General Lefèbvre Desnöettes en la batalla de las Eras el 15 de Junio de 1808. Napoleón que había dicho en 1806, cuando el general Lasalle tomó la plaza fuerte prusiana de Stettin (hoy Szczecin, en Polonia) con un Grupo de Escuadrones de Húsares: “Si mi caballería ligera toma las plazas fuertes, tendré que hacer fundir mi artillería y licenciar a mis zapadores”, tendrá que montar no uno sino dos sitios, pues en el primero no conseguirá que capitule la plaza, con todos los recursos del sistema Vauban de asedio a una plaza fuerte, con 140 piezas de artillería de todos los calibres y 16 compañías de zapadores y minadores.

La grandeza de la defensa de Zaragoza es que siendo una ciudad abierta, defendida por una tapia de ladrillo de un par de metros de espesor (puede verse al final de la calle de Cantín y Gamboa el corte de la tapia de la calle del Asalto), tuvieron que sitiarla como plaza fuerte y aún así les costó ocho meses, con el intervalo de cuatro meses entre ambos sitios, conseguir su capitulación y ésta se produjo más que por la acción de las armas francesas por la epidemia de tifus exantemático, la escasez de víveres y el agotamiento de los medios para seguir combatiendo. Y aún así en la última reunión de la Junta de Defensa hay ocho miembros que votan por seguir la resistencia hasta el último hombre antes que rendirse y los vocales que fueron a negociar con el mariscal Lannes la capitulación tuvieron que salir de la ciudad de madrugada y dando rodeos pues si el pueblo hubiera sabido de su salida no se lo habría permitido.

En el I Sitio Zaragoza sufrió intensos bombardeos, varios asaltos generales los días 2, 22 y 26 de julio y 4 de agosto, veinte días de guerra de minas, penetrando los franceses por galerías de mina o por las bodegas y sótanos de las casas para colocar hornillos cargados con pólvora que provocaban la destrucción del edificio situado sobre ellas y la muerte de los defensores incluidos en su radio de acción y el bombardeo incendiario del Hospital de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup>. de Gracia que fue enteramente destruido. Los barrios del Carmen y Santa Engracia estuvieron más de 10 días ocupados por los franceses, que el 4 de agosto llegaron hasta el Coso, pero confundieron la calle de los Mártires con la de San Gil (hoy Jaime I), que les hubiera permitido llegar hasta el puente de piedra y partir la ciudad en dos. Metidos en el laberinto del “Tubo” con sus estrechas y retorcidas calles, sufrieron el acoso de los zaragozanos, familias enteras que les arrojaban de todo desde los balcones y ventanas y no pudieron progresar. Los contraataques desde la plaza de las Estrébedes y la de la Magdalena les obligaron a parapetarse en las ruinas provocadas por los bombardeos. Los refuerzos que había salido a buscar el General Palafox el día 4 y empezaron a entrar el día 5 y sucesivos, les fueron haciendo retroceder. El día 14 de agosto, tras las noticias de la derrota francesa unos días antes en Bailén y la salida del rey José I de Madrid, los franceses levantaron precipitadamente el asedio. Se dejaron en los campamentos el desayuno a medio tomar, tiraron la artillería al Canal Imperial en las proximidades de Torrero y emprendieron el camino hacia Tudela perseguidos por una parte de la guarnición de Zaragoza y por la vanguardia de la División valenciana del general Saint Marc que venía en socorro de Zaragoza.

Tras la entrada en España, a primeros de noviembre, de Napoleón con 200.000 hombres mandados por sus mejores mariscales, Ney, Soult, Moncey, Mortier, Junot , y la derrota de los ejércitos españoles que mandan Castaños, Palafox, Blake, Cuesta, entre

Burgos, Vitoria y Tudela, Palafox se acoge con los restos de su derrotado ejército a las tapias de Zaragoza donde, tras algunas escaramuzas el 21 de diciembre se produce el ataque francés contra el monte de Torrero y el Arrabal; el primero es ocupado a las primeras de cambio, pero el Arrabal, tras un contraataque de la caballería zaragozana que manda el general Palafox en persona atravesando al galope el puente de piedra, resistirá hasta el final.

En los cuatro meses de tregua el Coronel Sangenís, nombrado Jefe de Ingenieros por Palafox desde el I Sitio, ha tratado de mejorar las fortificaciones de la ciudad, pero no pasa de ser una fortificación de campaña, a barbata, es decir a cielo abierto, se han cavado algunos fosos delante de los reductos que defienden las puertas, se ha mejorado la protección de las baterías, reforzadas con los cañones que se recuperaron del Canal al final del I Sitio, se ha construido el Reducto del Pilar para proteger el puente que desde el camino de Torrero cruza el Huerva ante la actual plaza de Aragón, pero no ha habido tiempo ni medios para convertir Zaragoza en una plaza fuerte ni mucho menos. Sólo lo es en el valor y resolución de sus defensores que hacen decir al comandante de Ingenieros francés Belmas que "...el espesor de la muralla podía medirse por el de la ciudad entera..."

Poseionados los franceses de Torrero, con la experiencia del I Sitio empiezan a montar un asedio en toda regla, según las normas del ingeniero militar francés Vauban para el asedio a plazas fuertes, ¡que Zaragoza no lo era! El día 29 empiezan sus zapadores a cavar la primera paralela, a unos 600 m. de la tapia de la ciudad, a construir en ella baterías y a bombardear la plaza con todo tipo de proyectiles buscando destruir sus defensas y amedrentar a sus defensores. Sucesivamente se van acercando, por medio de ramales en zigzag para no ser batidos desde la ciudad, hasta excavar la segunda paralela y luego la tercera, acercándose a las murallas y adelantando sus baterías para abrir brecha en ellas. Más de veinte kilómetros de trincheras cavaron los franceses en el II Sitio. Tras los combates de enero se apoderan del fuerte de San José el día 12 y del reducto del Pilar el 16. Mientras han penetrado también por la brecha de Santa Engracia y por medio de galerías de mina por el subsuelo se acercan a las ruinas del Hospital de N<sup>a</sup>. Sr<sup>a</sup>. de Gracia desde donde vuelan con tres minas, una de ellas con mil kilos de pólvora, el Convento de San Francisco, provocando un espectáculo dantesco en el que vuela por los aires una compañía del Regimiento de Valencia que lo defendía.

Por medio de las minas y el asalto posterior penetran en el barrio de San Agustín el día 26 de enero y tras duros combates en los conventos de las Mónicas y de San Agustín y en el molino de aceite de la ciudad, empieza en ese barrio la guerra de minas, penetrando por el subsuelo para luego seguir la lucha casa por casa. Veinticuatro días les cuesta atravesar el barrio y llegar hasta el Coso. La resistencia de los zaragozanos se ve dificultada por la epidemia de tifus exantemático desarrollada en la ciudad, la escasez de víveres y de municiones y pólvora que son fabricadas en talleres improvisados operados por frailes y mujeres de toda condición dirigidos por los expertos de los molinos de pólvora de Villafeliche que se han trasladado a la ciudad.

El Arrabal, que había resistido desde los primeros días del Sitio basadas sus defensas en los edificios robustos de sus conventos de Jesús, San Lázaro y Altabás y en la resolución de sus defensores, es ocupado el día 18 de febrero.

Por fin, enfermo el propio General Palafox de la epidemia, resigna el poder en la Junta de Defensa de la ciudad que en reunión del día 19 de febrero, ante los informes de los jefes militares de que no quedan más que 2822 hombres útiles para el servicio, 260 caballos, 6 quintales de pólvora que se elaboraban cada treinta horas, y las únicas fortificaciones que aún subsistían eran la Aljafería y las baterías de la Puertas de Sancho y del Portillo, acuerda solicitar del Mariscal francés Lannes la capitulación que se firma



el día 20 de febrero en los edificios de la Casa Blanca, junto al Canal Imperial. El día 21 la guarnición de Zaragoza superviviente sale por la Puerta del Portillo y entrega las armas en la explanada de la Aljafería. Son apenas diez mil hombres, demacrados, heridos o enfermos que hacen decir al oficial francés Doudevard de Ferusac: "...al verlos se hubiera creído que eran hombres lívidos escapados del reino de los muertos. Multitud de gentes de todas las edades y sexos, pálidos, desfigurados, pudiendo apenas arrastrarse..."

El número de muertos asciende a más de cincuenta mil, mitad por mitad militares y civiles muertos por el fuego enemigo o por la epidemia, de la que en los últimos días morían casi trescientas personas diarias. Cuando entran los franceses en la ciudad quedan en las calles 6000 cadáveres sin enterrar.

¿Qué ha alentado a los defensores a esta resistencia sobrehumana? Ya en los días de la sublevación de mayo el grito es ¡Por la Patria y por la Religión! El hombre no muere por el Producto Interior Bruto ni por el bienestar material, el hombre muere por las ideas, por su libertad, por sus convicciones, por su familia y por sus semejantes, lo cual supone un concepto muy alto de la solidaridad. Los defensores de Zaragoza mueren por la libertad, por la dignidad de no querer admitir a un monarca impuesto, y por no someterse a un tirano que ha abusado de la buena fe y de la falta de decisión de sus dirigentes (que al pueblo le ha sobrado después) que en Bayona han cedido a las imposiciones de Napoleón y que además atenta contra sus convicciones más sagradas, contra su fe y contra la religión que profesa. El ejército francés, so capa de un progreso que dicen traen las ideas napoleónicas y de la Razón, (que luego resulta bastante poco razonable), entra en España saqueando catedrales, robando los vasos sagrados, destruyendo iglesias y ermitas; y bueno es el español para que intenten tocarle la Virgen de su pueblo...

Ese sentimiento, canalizado por el clero de las Parroquias, que en aquella época eran el primer estamento social que aglutinaba a los ciudadanos y que en muchos casos, San Pablo, San Miguel... constituyen directamente las compañías de voluntarios, mandadas, como en el caso de San Pablo, por Mosén Santiago Sas y otros sacerdotes en persona y la devoción a la Virgen del Pilar, faro y refugio de los ciudadanos de Zaragoza son dos de las claves de la resistencia. Esto fue comprendido por los franceses que bombardearon reiteradamente el Templo del Pilar, primero con morteros y, sobre todo a raíz de la ocupación del Arrabal, con el fuego directo de sus cañones. Hoy pueden verse en las fachadas que dan al Ebro y al Ayuntamiento numerosos impactos de cañonazos y en varias ocasiones sus bombas hundieron las bóvedas de las capillas de San Antonio y de San Juan y otros puntos.

Al terminar el II Sitio, el Mariscal Lannes exigió a Zaragoza el pago de cuantiosas indemnizaciones de guerra. La arruinada y destruida ciudad no disponía de ningún recurso y, teniendo en cuenta que era muy probable de todas formas un saqueo del Tesoro de la Virgen, el Cabildo Metropolitano ofreció pagar con las alhajas de la Virgen, que ya se habían hecho "presentar" los mariscales franceses. En honor a la verdad debemos hacer constar que los Mariscales Lannes y Moncey se quedaron las joyas recibidas, pero Junot y Mortier las devolvieron. Posteriormente la esposa del Mariscal Suchet, Gobernador General de Aragón durante la ocupación, también se llevó joyas del Tesoro de la Virgen.

Podemos citar numerosos casos por los que se ve cómo la fe alentaba a aquellos valientes en momentos tan duros y de tanta tribulación.

En los comienzos del I Sitio, el día 26 de junio, por disposición de la Junta militar de defensa se tomó juramento a los defensores que se habían alistado de "...defender vuestra santa Religión, a vuestro rey y a vuestra patria...". El juramento se

tomó ante una bandera blanca mandada bordar por Palafox en los talleres de Salamero, con la Virgen del Pilar en el centro. Esta bandera, llevada con otras a Francia como trofeo de guerra tras la capitulación, estuvo en el Museo del Ejército Francés, donde sufrió un incendio del que sólo se salvó el trozo central con la imagen de la Virgen. En 1941 fue devuelta con otras por el Gobierno francés del Mariscal Petain y desde entonces se conserva en el Museo del Ejército Español.

El reducto del Pilar del que ya hemos hablado tenía por objeto la defensa de la cabeza de puente del que cruzaba el Huerva en las proximidades de la Puerta de Santa Engracia, esencial para mantener el camino hacia Torrero. Desde el 10 al 15 de enero resistió continuos ataques de los franceses apoyados con el fuego de su artillería. Demolidas sus precarias defensas, aún tuvieron los defensores arrestos para hacer una salida en la que llegaron a la segunda paralela francesa destruyendo todo lo que encontraron a su paso. La noche del 15, destruido completamente el reducto, sus defensores lo abandonaron ordenadamente, volando el puente que lo unía con la ciudad. Al mismo tiempo se llevaron la cartela que proclamaba el nombre del “Reducto del Pilar. Inconquistable por tan sagrado nombre. ¿Por la Virgen del Pilar, vencer o morir!”

La devoción de los zaragozanos y defensores en general se manifestó sobre todo en su Templo, en el que no faltó nunca el culto ni en los peores días de los ataques. Las puertas no se cerraron en todo el tiempo, las visitas a rezar a nuestra patrona se sucedían, pero también se produjo el exceso pues acabó siendo refugio para los heridos y enfermos que se quedaban sin casa por los bombardeos e incendios, las capillas laterales se convirtieron en hospital y hubo comunidades enteras de religiosas que se instalaron dentro de sus muros. Todo esto provocaba olores, suciedad, ruidos y alborotos y cuando Palafox visitó el templo ordenó que fuese desalojado y limpiado pues estaba en una situación fuera de toda decencia para tan santo lugar.

Entre los sitiadores figuraban los polacos de la Legión del Vístula, (tres Regimientos de Infantería y uno de lanceros de Caballería), alistados en el ejército imperial por la promesa de Napoleón de darles la independencia de su patria, restableciendo el Ducado de Varsovia. El catolicismo tradicional polaco hizo que fueran mejor soportados por los zaragozanos, sobre todo en los cuatro años de ocupación francesa, por sus visitas de devoción a la Virgen del Pilar a diferencia de los descreídos franceses, hijos de la Revolución. Se cuenta que el oficial polaco Pagowski, cogido prisionero en el Coso, era llevado atado a una tabla para ser quemado (también eran “finos“ nuestros antepasados), pero fue indultado al ver que llevaba al cuello una medalla con la imagen de la Virgen de Czestochowa. El hecho de declararse “polaski catolic” salvó la vida a más de un polaco prisionero en los asedios. Este hecho se repitió a la inversa en la II Guerra Mundial; lo cuenta en sus memorias el cineasta español Manuel Iglesias Puga (tío del popular cantante Julio Iglesias) que fue oficial de la División Azul que combatió en Rusia. En su larga marcha, más de mil kilómetros a pie para incorporarse al frente ruso, atravesaron Polonia y su asistente, que se había quedado rezagado, atrapó una oca solitaria con intención de mejorar el rancho de la compañía. Apareció entonces el granjero polaco, dueño de la oca, armado de una buena estaca y mal lo hubiera pasado nuestro soldado de no haber sacado una medalla de la Virgen diciendo “spanski catolic”. El polaco cambió, le regaló la oca y le invitó a cenar en su casa acompañado de su teniente. Bajo un cuadro de la Virgen de Czestochowa cenaron aquella noche repitiendo, quizá sin saberlo, la situación de casi siglo y medio antes en Zaragoza.

Otro hecho que merece destacarse es el rescate de la imagen del popularmente llamado “Cristo de la Cama”, imagen yacente articulada que se usaba en las solemnidades de Semana Santa para escenificar el descendimiento de la cruz y posterior

colocación del Señor en el sepulcro. Esta imagen estaba en el convento de San Francisco, solar hoy de la Diputación Provincial de Zaragoza, inmediato al Coso. El día 10 de febrero fue volado por los franceses y medio destruida su Iglesia. A los pocos días de la voladura y combates subsiguientes en las ruinas, el día 17, una mujer, María Blánquez (llamada en la lápida de la Capilla de las heroínas en El Portillo, “la del santo Cristo) se dio cuenta de que por las grietas de su capilla se veía la sagrada imagen, por lo que, pidiendo la ayuda de varios hombres, entre ellos el sargento de Infantería de Marina Joaquín Sola, se introdujeron en ella y sacaron el Santo Cristo, e incluso estandartes y faroles, organizando una pequeña procesión que lo trasladó al Palacio Arzobispal donde tenía su Cuartel General el Capitán General Palafox. Este veneró la sagrada imagen y mandó fuera llevada al Templo del Pilar donde fue colocada en la Santa Capilla, junto a la verja, por la que sacaba un brazo para ser besado por los fieles. Estuvo allí hasta 1810. En la actualidad se venera en la Real Capilla de Santa Isabel de Aragón. En la voladura y traslado sufrió la imagen el fuego de los sitiadores por lo que fue considerado “Mutilado de guerra en los asedios”, y recibió la Medalla del I Centenario de los Sitios en 1908. El próximo día 14 de febrero de 2009 la Muy Ilustre, Antiquísima y Real Hermandad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de Dios de Misericordia tiene previsto realizar una procesión con la sagrada imagen recorriendo el mismo itinerario que en el día de su rescate.

Merece también especial mención la labor del P. Juan Bonal y de la M. María Rafols y las monjas de su Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana en la atención a los heridos y enfermos del Hospital de N<sup>a</sup>. Sr<sup>a</sup>. de Gracia y de los hospitales provisionales que se organizaron en diversos lugares. De la segunda se cuenta que llegó a atravesar las líneas para presentarse al Mariscal Lannes, jefe de los sitiadores, a pedirle víveres y medicinas para poder atender a sus heridos. Admirado el francés de la decisión y sacrificio de la religiosa se lo dio y le dio un salvoconducto para que pudiera regresar a Zaragoza.

Muchos sacerdotes, regulares y seculares, se volcaron en la defensa, en la fabricación de municiones y cartuchos, incluso religiosas hubo dedicadas a esta peligrosa e imprescindible tarea. Varios de ellos incluso ejercieron el mando de las compañías de voluntarios levantadas en las Parroquias, como Sas, Lacasa, Lasartesa, Romea, Gil... y tantos otros. La verdad es que no resulta muy evangélica la imagen de Mosén Santiago Sas con la sotana remangada y un sable en la mano cargando contra los franceses. Pero debemos tener en cuenta, como dice Agustín Gil Domingo en su libro “El Clero en los Sitios de Zaragoza”(VI Premio los Sitios de Zaragoza, 1991), que “...se trataba de una invasión totalmente injusta y se cometían las mayores atrocidades contra las personas y las cosas sagradas, por lo que juzgaban, en su acendrado y heroico patriotismo, que debían luchar en legítima defensa por una justa causa de la Religión y de la Patria, aunque no ignoraban las irregularidades canónicas que pudieran contraer”. Es poco conocido que, después de terminada la guerra, el rey Fernando VII acudió al Papa Pío VII rogándole la absolución de todas las censuras eclesiásticas e irregularidades canónicas en que pudieran estar incurso los que participaron en la Guerra de la Independencia. Contestó S.S. con un Breve Pontificio de 25 de julio de 1815 por el que se concedía la facultad de absolver de las censuras e impedimentos de irregularidad a todos los Obispos de España en todos los casos en que fuera necesario.

Queda ahora latente una pregunta que se hacen algunos después de ver el inmenso sacrificio que hicieron nuestros antepasados para no ceder a un monarca impuesto y mantener su fe y su dignidad de españoles. ¿Valió la pena?

En primer lugar debemos recordar que los Sitios no acabaron con la capitulación del 20 de febrero de 1809. Tras cuatro años largos de ocupación francesa, el 9 de julio



de 1813, ante la presión de la División de Navarra de Espoz y Mina, de la División soriana de Durán, de la Brigada de Caballería de Julián Sánchez “el Charro”, y de los Voluntarios de Cariñena de Gayán y los del Bajo Aragón de Tabuena, los franceses del General París, se retiran de Zaragoza sin apenas presentar batalla, vuelan la última arcada del Puente de Piedra y emprenden el camino a Francia. De manera que el final de la guerra es la libertad de Zaragoza y la independencia de España. Esto valía la pena.

En segundo lugar es indudable que, si fueron capaces de hacerlo es que a ellos les valía. Cuando soportaron los supremos sacrificios, la destrucción de su ciudad y la pérdida de la propia vida en muchos casos, es porque a ellos les valía la pena. Conservaron su dignidad, su libertad, su derecho a regir sus destinos. Si hubieran evitado esos males con la rendición hubieran sido carne de cañón en las sucesivas campañas de Napoleón, como les pasó a los polacos, alemanes, italianos... Pero tuvieron presente que muchas veces lo contrario de la Guerra no es la Paz sino la Esclavitud.

Por otra parte todo está relacionado. La derrota de los franceses en el Bruch a manos de los Somatenes catalanes ayudó a la defensa de Zaragoza, la resistencia de ésta impidió que las Divisiones de Verdier y Lefebvre pasaran a Andalucía con lo que hubieran dificultado y mucho la victoria de Castaños en Bailén. La resistencia de Zaragoza y otras ciudades españolas impidió a Napoleón utilizar esas tropas en sus campañas en Centroeuropa. Y sobre todo, el ejemplo español de resistencia ante el Imperio francés estimuló a los defensores de Moscú y al pueblo ruso en general a resistir la invasión de Rusia en 1812 que acabó por hundir a Napoleón. “Esa maldita guerra de España me perdió...” como dijo después en sus Memorias de Santa Elena. Así pues, sí valió la pena el sacrificio de los zaragozanos, pues tras seis largos años, la Guerra se ganó y España recuperó su independencia y su derecho a decidir. Que Fernando VII, por quien había luchado todo el pueblo español, nos diese el mal resultado que dio ya no es culpa de la población de Zaragoza que había defendido con uñas y dientes su derecho al trono, sino del propio Fernando y de la camarilla de arribistas y logreros que siguieron sus ideas absolutistas y de su falta de firmeza en sus convicciones que le llevaron a un reinado nefasto, dilapidando un capital político como pocos reyes españoles han tenido a lo largo de la historia. Él y ellos son los que deben responder ante la Historia.

Los zaragozanos cumplieron con su deber en su momento y eso es lo que les agradecemos y conmemoramos hoy al cumplirse los doscientos años de su gesta. Su ejemplo es el que ha permitido a nuestra ciudad rehacerse de los desastres de aquella guerra y de otras posteriores y debemos tenerle presente siempre para superar cualquier tipo de dificultades. Siguiendo el lema de este Bicentenario,

“Ayer hoy y siempre a Zaragoza la defiende su gente”.

José Luis Perla Goñi

Asociación Cultural los Sitios de Zaragoza

